EN LA CAFETERÍA Julio Caballero

BURDEL DE FICCIONES

MUERTE PROGRAMADA

Náyade Delgado

PREMIOS
DE NARRATIVA
CORTA
HNOS.
MILLARES CUBAS

G 0-3 AB

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARI.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

OCOLECCIÓN VERBOVIVO



EN LA CAFETERÍA Julio Caballero



BURDEL DE FICCIONES

Alexis Hernández

MUERTE PROGRAMADA

Náyade Delgado

PREMIOS DE NARRATIVA CORTA HNOS. MILLARES CUBAS 2007

5-2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DEG. CANARIA

Nº Comin 909052



Las Palmas de Gran Canaria, 2007

© Primera edición, septiembre de 2007: Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria C/ Juan de Quesada, 30 - 35001 Las Palmas de Gran Canaria

- © "En la cafetería": Julio Caballero.
- © "Burdel de ficciones": Alexis Hernández.
- © "Muerte programada": Nayáde Delgado.

I.S.B.N: 978-84-96718-98-2 Depósito Legal: GC 793-2007

Diseño de la colección: MAT

Edición al cuidado de: Lothar Siemens Hernández.

Impreso en Gráficas Sabater

El Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en colaboración con el Vicerrectorado de Cultura y Deporte, instituyó en 2006 varios premios anuales para fomentar la creatividad entre los estudiantes inscritos en dicha Universidad, concretamente los de poesía 'Saulo Torón'. los de narrativa corta 'Hermanos Millares Cubas' y los de creación multimedia 'Blas Cabrera', y a partir de 2007 el 'Claudio de la Torre' de teatro. Para calificar a los distinguidos en la modalidad PREMIO DE NARRATIVA COR-TA "HERMANOS MILLARES CUBAS" 2007, a las 18.00 horas del 4 de Junio de 2007 se reunió el jurado, compuesto por los siguientes miembros de la ULPGC: don Lothar Siemens Hernández, Vicepresidente y Presidente en funciones del Consejo Social, don José Regidor García, Rector Magnífico, doña Alejandra Sanjuán Hernán-Pérez, ex vicerrectora de Cultura y Deportes, la actual titular doña Isabel Pascua Febles, los doctores doña Yolanda Arencibia Santana y doña María del Prado Escobar Bonilla, profesoras del Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe, don José Luis Correa Santana, profesor del Departamento de Didácticas Especiales y don José Alonso Morales, Vocal del Consejo Social, quienes de acuerdo con las bases establecidas acordaron lo siguiente: declarar como ganadores del "II Concurso de Narrativa Corta 'Hermanos Millares Cubas' 2007 a los siguientes trabajos presentados: Primer Premio a "En la cafetería" de Julio Fernando Caballero López, estudiante de Filología Española; Segundo Premio a "Burdel de ficciones" de Manuel Alexis Hernández Benítez, estudiante de Ciencias del Mar, y Tercer Premio a "Muerte programada" de Náyade Delgado Corona, estudiante de Veterinaria. Los premiados obtienen las dotaciones estipuladas en las bases del concurso y la edición de sus respectivas narraciones en el presente volumen.

EN LA CAFETERÍA Julio Caballero



Yo conocí a Joseph K. No hablo de un conocimiento íntimo, sino más parecido al que tiene un carcelero del preso que custodia, el mismo que lleva las comidas, el tabaco y el que hace el recuento nocturno frente a su celda; cambia tan sólo las rejas por el marco avejentado de mi ventana. Porque, se decía, conocer íntimamente a K. era una ensoñación. Tampoco conocía a nadie de su familia, salvo los manidos rumores sobre el padre, que circulaban como gárgolas de sal, diminutos y cuchicheantes. Ni conocía tampoco de nadie que hubiera reconocido ser su amigo, ni se sabía de un hombro anónimo sobre el que K. hubiera vertido algún sollozo de rabia o hastío. Oscuro, oscuro era el conocimiento sobre K.

Corría las cortinas según el amanecer resbalaba en abanico sobre los resquicios de la persiana de madera que custodiaba la oscuridad de mi dormitorio. Por la noche, aguardaba la hora exacta en que regresaba, ni un minuto después. Me convertí sin proponérmelo en su sereno particular. La puerta de entrada a su edificio, alto y de un tono de negro difuso, a mis ojos atentos custodiaba un secreto mayor que el de la creación. No había nada de particular en cómo introducía y giraba la llave en la cerradura, ni discerní una intención oculta en cómo cerraba la puerta tras de sí. Algunos días meditaba, mientras bebía una taza

de chocolate caliente, que K. era de esos hombres que lo hacía todo con un impulso indiferente; otros, que eran actos sin peso alguno en la emoción, como un paso sucede naturalmente al otro. Una leve certeza fue tomando cuerpo en mi mente de detective aficionado a la busca del indicio perdido: K. era un hombre atormentado.

Vigilé sus movimientos durante los meses que estuve sin trabajo. Me levantaba tarde... no me preocupaba por nada. Un mendigo rubicundo y andrajoso tocó en mi puerta una mañana fría y me ofreció comprar algunas de sus baratijas. Estuve a punto de llamar a la policía, pero finalmente me llamó la atención un catalejo de madera con un trípode que parecía tener buen aspecto; no hizo sino añadir un valioso objeto con el que afianzar mi vigilancia. Lo situé tras la ventana de mi dormitorio, en el ángulo exacto que me permitía observar cómo doblaba la esquina hasta llegar a la negra puerta.

Mis recuerdos sobre lo que sucedió después son tan precisos como la melodía de una sinfonía compleja; sé que una tarde cualquiera decidí aventurarme a salir. Llevaba dos meses sin abandonar el piso salvo para lo estrictamente necesario, que era mi alimento y un mínimo de higiene. Pero los sentidos estaban embotados por el olor y la visión de las paredes ajadas y peladas por la humedad. Y tenía mis dudas; cuando uno lleva tanto tiempo encerrado, todo lo que permanece fuera del hábitat que forma tu refugio comienza a transformarse en un país de pesadillas donde alojar los miedos más fantasiosos, como un saco raído lleno de fantasmas que escondes bajo la cama.

Recuerdo, al enfrentarme con el nuevo mundo, el batir de las copas de los árboles, el aire frío, las baldosas húmedas de la neblina de la tarde, los cristales de las farolas aún con restos de la lluvia leve y constante, la oscuridad agazapada tras las luces de los comercios, los focos de los coches enmarcando escenas de la

vida corriente. Las gentes iban y venían en brumas opacas de colores pálidos y gestos famélicos que iban menguando según caían los minutos. Tuve un segundo de pánico que más tarde asocié a los instantes previos de un preso arrojado a la incertidumbre del circo romano. Luego fui cogiendo aplomo al ver que no reparaban en mi presencia. Y todos estos pensamientos me sucedieron plantado en el umbral de la puerta que daba a la salida. Fue entonces cuando vi la cafetería. A través de la cristalera enorme se veían personas sentadas, charlando y bebiendo en tazas. En letras blancas, en la parte superior, se leía en grandes letras góticas: Le Grand Caffe Marnier. Deduje que si trazaba unas líneas sobre el plano de la ciudad que uniera el café, el edificio de K. y el mío resultaría un triángulo equilátero casi perfecto. Sonreí y crucé la calle, evitando los coches que transitaban a poca velocidad, los camiones de mercancía que a esa hora seguían con el reparto, el ruido del claxon avisando a los peatones que cruzan sin mirar, ruido, ruido.

Le Grand Caffe Marnier, como pude enterarme posteriormente –ya se conoce que uno de los entretenimientos favoritos en las ciudades es trasladar, con un método más celebrado mientras menos científico, la vida privada de cada uno, mejor si en ésta aparecen actos reprobables que despierten repugnancia lástima envidia vanidad-, fue un sueño de juventud convertido en realidad por un comerciante de huevos a domicilio que resultó el afortunado y solitario ganador de una espléndida lotería. En un país comunista, haber invertido todo su capital sin reparto previo le hubiera ungido con la repulsa de sus conciudadanos; pero como vivíamos en la neutral Luxemburgo el señor Metz resultó ser un hombre elegido por la diosa fortuna.

Metz compró el local a buen precio, pues al dueño le urgía deshacerse de él con premura por unas deudas impagadas. Copió la coquetería y elegancia vividora de los cafés salpimentados de colorido de la Rue de Vichy en París, famosos por ser centro de reunión de las clases nobles del país, y remató la decoración de su café con algunas acrobacias estéticas de dudoso gusto—que, aseguran, pertenecían a su mujer, nacida en la capital-. Sin embargo, el resultado final no sólo no fue chirriante, sino que la mixtura de color local y vanidad francesa fue del total agrado de las capas más conservadoras y poderosas de la ciudad, que lo agregaron a su selecta ruta de ocio.

De la calle a la entrada Metz diseñó una rampa que elevaba el pórtico del café sobre el nivel de la calle, a modo de pasarela, con un arco a modo de techo y con una alfombra de raso rojo escoltada por unas balaustradas doradas. Bastaba seguir la pasarela unos pasos para intuir, tras las puertas de cristal, custodiadas en su interior por un señor con pajarita, si uno sería coronado al cruzarlas o bien debía desistir de su avance. Esta era una de las razones que convenció, en cuanto apreciaron su utilidad -que consideraron ostentosa en un principio-, a las grandes fortunas de la ciudad: la selección de clientela automática que generaba la pretenciosa pasarela. Y yo, que en una intuición afortunada me resistí a vender mis trajes para reactivar mi economía decadente, me sonreía dichoso de poder aparentar la distinción necesaria para llenarme del aroma acafetado de la elegancia. No pocos pasaban el tiempo en su deambular azaroso por las calles apuntando en su libreta de quién-es-quién los elegidos que cruzaban la pasarela, y alguna vez participé en apuestas sobre el ingenuo distraído o forastero que apenas cruzaba unos pasos hacia la rampa de coronación, hasta que el pobre era apuñalado por la revelación, desnuda como agua fría, de que ese local se encontraba fuera de su alcance. Y he aquí -lo hago tomando el sentido de suspense que los propios griegos autorizaron- que al tercer día -pues tres eran los trajes de que disponía en mi armario- hallé a K. tomando un café en la penumbra del fondo del Le Gran Caffe Marnier.

Con paso decidido me acerqué a la mesa que ocupaba K. Estaba sentado al comienzo de la última cristalera del fondo, de modo que se podía observar el movimiento aleatorio de la ciudad en la hora en que todo se recogía. Las mesas constaban como mucho de dos o cuatro sillas, según los dos tamaños de mesa disponible, y tuve la fortuna de que la de K. era de dos. Le di las buenas tardes con mis mejores formas, cuadrándome como si me encontrara frente a un ex coronel, y pedí permiso para sentarme frente a él. K. me indicó con un gesto casi imperceptible de su cabeza que me sentara. Llevaba el bombín inclinado hacia delante y no se había despojado de la gabardina, que llevaba abotonada hasta el cuello, con las alas anchas elevadas y cubriendo los laterales de su rostro.

-Me llamo J. -dije una vez me hube sentado. La camarera se acercó a mi derecha y fue a enseñarme la carta, pero la rechacé con un gesto de mi mano. Le pedí un café suizo y un bollo vienés. Cuando se hubo retirado, mirando por la cristalera como quien ve pasar las horas en el reloj, respondió mi saludo.

-K. -dijo.

En la penumbra no podía distinguir bien sus rasgos. Apenas cuando bajaba la cabeza para tomar café asomaban con claridad la nariz y los labios finos -se diría que eran propios de alguien que perteneció a una familia noble caída en desgracia-, pero sólo podía adivinar un abanico de claroscuros diseminados por su rostro. Creo que era moreno.

-¿Es usted el Joseph K. de la novela? −pregunté intentando un susurro, pero mi voz se atropelló.

-Sí -respondió con tono claro y preciso. K. no tardaba en responder mis preguntas, a pesar de su aparente indiferencia.

Me sentía como el niño que estaba deshaciendo el nudo de su regalo de cumpleaños. Tenía la necesidad imperiosa de saber de él, el objeto de mi obsesiva vigilancia. Era toda la gasolina que necesitaba el motor de mi impaciencia. Pregunté.

-¿Es cierto ese rumor de que la novela quedará sin concluir? ¿Y... a qué se dedica?

K. mantenía su rostro fijo en la cristalera, que me devolvía el reflejo de mi rostro al intentar mirar desde mi asiento.

-Vago como una sombra -respondió sin mostrar peso en la voz. La camarera aprovechó el silencio que envolvió momentáneamente el interrogatorio para dejarme el café y el bollo. Tomé un sorbo mientras dejaba que la incomodidad fuera desvaneciéndose con la paciencia con que la nata dulce resbalaba en mi café.

-Espero no ser muy curioso. Sólo que me parece usted un hombre muy importante. Por eso me preguntaba en qué trabajaría. Pero no tiene por qué contestar -dije negando con la cabeza.

-Soy un personaje de la novela. Y un personaje de otras... -dijo, dejando el final de su frase colgando, como si se le hubiera cortado un ataque de asma que la hizo quebrarse.

-Lo sé. He leído la novela. Al menos, las entregas que ha publicado el periódico durante estas semanas -dije, procurando ser lo más cálido posible en mi entonación-. Que un escritor lo tome como modelo no significa necesariamente que sea usted un personaje de ficción, amigo -sonreí-. El escritor crea, magnifica o reduce. Pero su verdadero yo está aquí conmigo tomando café. Espero que no considere esta frase un atrevimiento. Pero no se aflija. Nadie hace mucho caso de las novelas. Si no le importa, espero que no sea un abuso por mi parte, ¿le importa-ría decirme cuánto le paga el escritor por tenerle como modelo? ¿Cuántas veces se entrevistó con él?

- K. paró la avalancha de preguntas que le venían encima levantando la palma de su mano.
 - -Lo peor es que no tengo ninguna remuneración -dijo K.
- -¿Y por qué sigue usted entonces con esta vida, si no le reporta satisfacción alguna?
 - K. respondió con un tono moribundo.
 - -Estoy a merced de su voluntad.
 - -¿Le chantajea? -dije.
- -Para usted es una duda razonable; para mí, un hecho -respondió-. No tiene nada con que chantajearme. Simplemente, soy preso de su voluntad.

Pensé que tal vez K. estuviera tan harto de que lo identificaran con el personaje de la novela que no invertía el mínimo esfuerzo en desengañar al mundo. Luego sospesé la lógica de sus respuestas. No aprecié que estuviera adoptando un papel. Se le veía serio, pero no deprimido. Al principio las respuestas eran un enigma añadido, pero estaba seguro que la imagen que tenía de él ayudaba a acrecentar esa percepción.

-Todo lo que cree -K. interrumpió el discurrir de mi pensamiento- no son sino imposiciones del novelista. Usted no los conoce como yo. Son crueles. Torturan a sus personajes; los más sádicos con los pensamientos. Preferiría ser un secundario en una novela del oeste norteamericano y perecer en un renglón sin estilo. Tememos la fama. A menudo nos hacen revivir por culpa del público obsesivo. Son unos muertos de hambre.

Mordí el bollo. Estaba delicioso, con el olor hogareño de recién horneado y las pasas repartidas generosamente en la primera capa. Luego un sorbo largo de café, que ya había asumido la dulzura de la nata con que cubrieron la taza. No sabía exactamente de qué hablaba K., pero estaba prestando toda la atención posible a su discurso.

-No tenga miedo -dijo K. con la mano apoyada en el mentón. Fue la expresión que recuerdo con más nitidez de aquella tarde-. Entro y salgo de mi edificio sin otro motivo que salir y entrar de mi edificio. Paseo por calles oscuras y neblinosas, y en cuanto sale el sol me retiro a un lugar más húmedo y solitario. Por toda compañía tengo el taconeo de mis botas. A causa de mis exposiciones al frío padezco tuberculosis.

La pregunta salió de mi boca a la vez que expulsaba sin ningún control pequeños trozos de bollo empapados de café.

-Lo siento... ¿Le ha visto? -pregunté excitado por la posibilidad, inmerso en la historia fantástica que me contaba K.

-¿Ha visto a Dios? -preguntó-. Y, sin embargo, usted no duda de su existencia, salvo que sea un ateo. A dónde voy, lo que digo, lo que hago, con quién me tropiezo, nada sucede sin que él intervenga.

Un escalofrío como un latigazo recorrió mi cuerpo y el corazón dio un sobresalto. Sin tener una idea exacta de lo que sucedía, tenía algo peor: la intuición de que algo se me estaba ocultando y que su evidencia podría resultarme fatal.

-¿En este momento, dice? ¿Ahora? -pregunté sobrecogido. Lo peor de todo es que había dejado que la fantasía de K. me dominara la lógica y el sentido común.

-Exacto. Pero no se asuste -en ese instante, una especie de desfallecimiento se apropió de mi cuerpo-. No es extraño que los escritores introduzcan personajes reales en sus novelas.

-Pero se refiere... a que mis diálogos, mis... gestos... -dije con el discurso entrecortado por silencios cada vez más trágicos.

-Cuando alguien o algo entra en mi esfera de actuación pasa a ser dominado por su voluntad, que es omnipotente. No puede escapar de él. Ni puede desear hacerlo. Pasaron unos minutos en que rehice todo el discurso. Una vez recuperado, por pura necesidad, de la debilidad de la fantasía, sonreí entre irónico y divertido.

-Ahora -siguió K.- se divierte a su costa y me utiliza para hacérselo saber. Ya le advertí: es un sádico. Le ha estado preparando para el momento exacto en que desee apropiarse de usted.

Fue entonces cuando comencé a esbozar una pequeña reflexión, preocupante, en mi mente: los tres trajes que me negué a desalojar del armario, mientras que malvendía el resto de mi ropa en un impulso irresistible; el catalejo que compré al viejo y por el que en ningún momento me pregunté cómo había llegado allí, pues sólo los propietarios poseemos llave del edificio y un portero ocupa siempre la entrada para evitar a indeseables; mi renuncia a un trabajo bien pagado y mi pasión obsesiva de vigilar a K. durante semanas... Miré a K. asustado. No podía tragar y las palmas de las manos sudaban.

-¿Y qué sucederá ahora? -pregunté temblando. La camarera se acercó entonces y dejó un papel sobre la mesa. Al abrirlo leí un fragmento de un poema:

"Embarcado en la nave de la Vida presto salí del sosegado puerto, con fe buscando el porvenir incierto por ruta a mi ambición desconocida."

-¿Qué significa esto? -acudí a K. mareado y a punto de perder la consciencia.

-Referentes, símbolos... Su mundo interior y exterior... sus pulsiones... -dijo-. Ya le dije que también soy un manipulado. Marioneta de su voluntad. Al contrario que usted, no poseo una inteligencia extraordinaria. Tan sólo sentido común. El tiempo es un tic tac tic tac -sacó un reloj de bolsillo dorado del interior de

su gabardina- que me acompaña como respuesta a mis pensamientos. ¿Se volvería usted loco?

-Sí -dije con los brazos soportando el peso de mi cabeza.

-Sin embargo, he investigado en los momentos en que el escritor duerme, como suele hacer en estas horas; durante su descanso, el dominio de la cadena invisible con que nos ata se debilita. Atienda, pues tal vez pueda servirle de algo. Nunca se sabe. Hubo, en los primeros tiempos, un requisito que la voluntad del artista no podía cumplir. David, un atleta famoso de los Juegos, fue esclavo de Casio, el intrigante senador romano. Se escapó del necio de su amo pero siempre retuvo en su alma el deseo de que su fama transcendiera su muerte; su renuncia ante Miguel Ángel fue vital para que éste lo transformara en una obra maestra.

-¿Quiere decir...? –interrumpí a K sobrecogido por el presentimiento.

-Es usted más inteligente que yo, se lo dije antes. ¿No ha observado que todos afirman que el David de Miguel Ángel parecæestar vivo? Lo mismo sucede en la pintura: pocos saben que las Gracias de Rubens fueron tres prostitutas que trabajaban cerca del río donde vivía y de las que Rubens... se apropió. Los elegidos se entregaban dichosos a cambio de pasar a la posteridad y los artistas se adueñaron de sus voluntades para crear sus obras. Gentes con vidas anónimas y ordinarias en muchos casos. Y los escritores, buscando nuevos métodos y personajes, no tuvieron más remedio, con el paso de los siglos, que raptarlos, pues no todos estaban dispuestos a ceder su voluntad, su alma, a cambio de una prisión eterna. ¿No oyó nunca hablar de la fuerza demoníaca de este o aquel autor? ¿A qué cree que se referían esos primeros tratados?

-Dios mío -murmuré.

-Platón fue un problema para ellos. Se rebeló y quiso avisarnos; para ello sembró sus escritos de pistas. Fueron los propios escritores de todo género, poetas, historiadores, los que, llenos de pavor ante la traición de Platón, inventaron a Aristóteles para desviar la atención y crear una teoría opuesta que hablara de la imitación de la naturaleza como la visión artística acertada. Obviamente la imitan: la ironía es que, de hecho, se la apropian literalmente. Ni Shakespeare ni Cervantes, ni Milton ni Dante, eran grandes escritores; eran grandes buscadores de voluntades peculiares y fantásticas. Una vez se apropiaban de ellas tan sólo tenían que recrearlas en sus obras. ¿El estilo, los argumentos, las nuevas formas? La riqueza de esas voluntades y plasmarlas en la hoja blanca del tormento creaba casi automáticamente la forma precisa. Pero, piense, ¿qué hacer sin los personajes? Sin un personaje poderoso no tienes historia. Así que aprendieron a raptar sus personajes: copiaban.

Añadiré que continuamos debatiendo durante horas, y lo cierto es que todo me fue revelado como a Moisés al pie del monte Horeb. Las interrogantes fueron partiendo de mi mente como la paloma blanca parte de un nido ya vacío. El tiempo dejó de tener presencia; no tengo palabras para describir esa sensación de infinitud. Acerté a decir unas palabras, tal vez las últimas que nacieron con la resistencia última que tiene toda voluntad por existir por sí misma:

-Me tengo que ir.

Arranqué las rodillas, que parecían resistirse a los músculos, con mucho esfuerzo, apoyando las manos a modo de palanca en la mesa.

-Lo siento -dijo K., apoyando su mano fría sobre la mía. El peso de su mano fue tan leve que me resultó insoportable. A los pocos segundos fue adquiriendo volumen ante mis ojos horrorizados y el color blanquecino volvió a ella paulatinamente, con

las venas hinchadas recuperando su tono verdoso, como si despertaran de un sueño en blanco y negro. Permanecí rígido y me senté sin pretenderlo, aunque tampoco tuve la sensación de que era obligado a hacerlo, observando a K. Colgó el bombín y la gabardina del respaldo de la silla y se reveló al mundo el rostro que tanto tiempo había permanecido oculto.

Estiré mi brazo y tomé la gabardina y el bombín que reposaban en la silla y me oculté bajo la nueva indumentaria. K. se marchó con las manos en los bolsillos de su pantalón nacarado, su flequillo rubio agitado y pegajoso, silbando risueño Yankee Doodle, la canción de los soldados norteamericanos regresando victoriosos a sus hogares.

BURDEL DE FICCIONES

Alexis Hernández

Solía elegir los "huérfanos", aquellos casos comprometidos y repudiados que nadie del departamento quería, e incluso había realizado misiones consideradas de alto riesgo en su anterior comisaría, pero aquello era distinto. Aquella noche su trabajo estaba a punto de arrebatarle lo poco que le quedaba como persona. No como policía, como persona. Porque desde hacía años había sacrificado una vida mediocre (pésima en el ámbito personal) por una profesión que le cauterizaba dudas y le absorbía el tiempo vacío y la soledad que la perseguían desde siempre, además de permitirle filtrar todo ese odio y esa impotencia que nos contagian los telediarios, y que no todo el mundo puede asimilar. Su trabajo, su dedicación, era para ella lo único incuestionable, pero allí, sentada en una ventana que olía a lápices recién afilados, pintándose los labios de rojo reclamo, se hizo preguntas y se planteó su vida por primera vez en muchísimo tiempo.

Elías finalmente se decidió a cruzar la calle, atravesando torpemente el partido de fútbol que montaban cada noche los hijos de las prostitutas. Éstos eran tantos que había varios equipos fuera, sentados en las húmedas aceras, esperando su turno. De hecho, había una liga nocturna en la ciudad formada por equipos de estos diablillos y regulada por una *madame* aburrida, dueña de un prostíbulo caído en desgracia. Elías evitaba, con las flores en alto, regates y entradas de los críos, y se concentraba en esquivar la afilada y voladora lata de refresco que servía de balón, cuando algo captó su atención. Su mirada se había posado en un tacón que se descolgaba como un péndulo hipnotizador desde un tercer piso. Tras unos segundos de trance, siguió alzando la vista hasta descubrir, esbozada en una ventana, una bella silueta entintada en sombras. Una silueta que parecía respirar humo y que se hacía más interesante con cada bocanada. Era lo poco que le faltaba para convencerse. Aceleró el paso rumbo a la puerta del burdel (que era al mismo tiempo la portería de aquellos críos) al son de la escandalosa lata y de unos grillos que parecían pitar el encuentro, y cuando llegó al umbral del pecaminoso edificio, apartó a un niño guardameta lleno de tiritas, se despojó de cualquier prejuicio o sentimiento de culpa que pudiera quedarle, y buscó a la "señora" del negocio.

En un inicio el caso no le había parecido complicado, quizás el operativo algo deficiente, pero no habían dispuesto de demasiado tiempo. El chivatazo lo había dado anteayer un poli novato, cliente asiduo del Dark Doors, que se topó en uno de sus pasillos con una prostituta en bata buscando por el suelo la lentilla que le había saltado Elías "La Llama" Morales con una de sus pasionales embestidas. Morales era un fantasma sin rostro, un total desconocido para las fuerzas del orden que había surgido de la nada hacía unos seis meses, erigiéndose rápidamente en señor de las calles y en un narcotraficante de renombre. Resultó ser que el nuevo amo de la ciudad acudía a aquel prostíbulo desde hacía semanas, lo que supuso, tras los pertinentes sobornos a la madame, una oportunidad de oro, tal vez la única que tendrían, de pillar a "La Llama". O al menos, en el caso de que no tuvieran nada sólido contra él, de identificarlo. Pero Lila (que era su alias en aquella operación) ya no las tenía todas consigo, y numerosas incógnitas seguían asaltándola. Jugueteaba con el encaje que sobresalía de su sostén y se bajaba incómoda la minifalda con gestos eléctricos y nerviosos. Sonrió al pensar que no se vestía tan provocativa desde que era adolescente y tenía cena familiar en casa de sus abuelos maternos, aquellos que habían pagado interesadamente sus estudios en un colegio privado inglés, y que cada vez que le preguntaban por sus avances en el dibujo técnico, ella respondía subiéndose un poco más la falda y mascando chicle con la boca muy abierta, como diciendo; "mira de que ha servido tanta estirada y pedante educación".

Lila intentó despejarse, desviar aquellos recuerdos, relajarse y olvidar que "su cliente" ya llegaba con cincuenta minutos de retraso. Se alongó por la ventana, huyendo de aquella habitación, hasta encontrar algo de aire que no oliera a sexo, lo aspiró pausadamente, y buscó seguridad palpando en el bolso su pequeño calibre 38. Justo entonces, alguien llamó a la puerta, y Lila, sobresaltada a pesar de que llevaba mucho tiempo esperando aquel sonido, dejó caer a la calle todo lo que tenía entre manos. Solo tuvo tiempo de maldecir en voz baja y de ver de reojo todas sus pertenencias, incluida el arma, incrustadas en un seto, antes de que la puerta se abriese.

- -Hola, ¿se puede?
- -A-adelante encanto.
- -¿Te encuentras bien?
- -Sí sí, es que... se me ha caído el bolso por la ventana, pero...
- -¿Quieres que baje y lo recoja? No tardo nada.
- -iNo!... No te preocupes cariño, y cierra la puerta que hay corriente y no queremos que se encoja nada, ¿verdad?. Tranquilo, es que no tengo nada importante dentro. Además, desde que abriste subí la bandera. Ven aquí y no derroches tú dinero, Elías –dijo Lila, que tras unos instantes de vacilación, ya se había metido en su papel. Había dudado porque Elías le había impresionado. Era alto, atractivo, de constitución fuerte, y su

pelo despeinado era de un naranja tan intenso que parecía tener un incendio en la cabeza. Lila creyó comprender porqué le llamaban "La Llama".

- -Eh... ¿Nos conocemos?... Cómo... ¿Cómo sabes mi nombre?
- -Elías, la reputación precede a todo gran hombre. Por eso no todos los que creen serlo lo son. Pero tú sí, *ooohh* sí... tus historias ya cruzan fronteras.
 - -Oh, no sabía...

Elías no salía de su asombro. Sus historias no eran malas, pero desconocía que los cómics que escribía para una pequeña editorial ya tuvieran tanta difusión. "¿Fronteras?... Bueno, Internet hace milagros, aunque no tenía ni idea ", pensó Elías. Pero lo que sí sabía era que aquella mujer lo estaba enamorando hasta la médula. Había empezado con un sensual pie y un zapato de tacón, y ahora alimentaba su ego. Era fantástica.

Lila, por otra parte, ya se estaba mereciendo un Óscar. Más que nada, porque, a pesar de que por fuera era una prostituta de lo más creíble, por dentro era ella misma más que nunca. Miraba a Elías, no como policía, como mujer, y pensaba en todas esas noches desperdiciadas con rondas solitarias. Lo miraba y sentía que la libido estaba a punto de ahogarla. Y es que ambos se estaban sintiendo fuertemente atraídos por un personaje. Unos personajes, conscientes o inconscientes, que estaban rescatando de forma paradójica lo más auténtico y sincero de ellos mismos.

- -Te he traído flores... mmm....
- -Lila.
- -Lila, vale. Pues eso, son rosas rojas, contemporáneamente clásicas. Pensarás que es cursi, pero no sé, es un detalle, y... Qué estoy diciendo... es casi más un placebo para mi conciencia que un detalle para contigo. Mira, sé que esta canción ya la has escuchado, pero es la primera vez que hago esto. De verdad. De

hecho, he dudado hasta el último momento, hasta que vi en esa ventana una figura digna de algún tipo de culto. Tu figura. Esa belleza atemporal que me hace ignorar ahora mismo el hecho de que tengo veintiséis años y estoy en una habitación como ésta.

"Dios, la primera vez que me regalan flores y lo hacen cuando hago de prostituta", pensó Lila. Su desconcierto crecía a pasos agigantados. Nunca imaginó que el capo di tutti capi de la ciudad apartaría su orgullo y narcisismo para representar un personaje como aquel. Un personaje tan condenadamente adorable, tan condenadamente cautivador. De cualquier forma, hizo un último esfuerzo por continuar aparentando ser una prostituta.

-Cariño, antes de que sigas... yo no soy Julia Roberts... y tú no tienes pinta de ser Richard Gere. ¿Entiendes lo que quiero decir? Me encanta *Pretty woman*, es la película de fantasía preferida por las de nuestro gremio, pero... solo eso. ¿Me sigues?

–Joder, soy patético ¿no? Tú eres una profesional, y yo entro aquí con mi empolvado y enquistado romanticismo y soy tan iluso como para creer que soy el único que se enamora de ti cuando te ve. Tendrás que perdonarme, pero tal vez esta noche te toque sesión de diván –dijo Elías, a la vez que cogía la cubitera con el champán, sacaba la botella, y colocaba en el agua helada el ramo de rosas, crionizando para siempre aquellas flores contemporáneamente clásicas, aquel rojo promesa. Luego se sentó en una esquina de la cama con artritis y siguió desahogándose.

-Escucha Lila, estoy en un momento difícil. A ver como... mira, he dejado pasar muchos trenes... He dejado pasar los trenes que no me gustaban o no me parecían especiales, que eran casi todos. Y los que me gustaban nunca paraban. He dejado y visto pasar tantos trenes que me preguntaba qué carajo hacía en la estación. Para permanecer allí solo entre tanta gente era mejor

estar solo de verdad. Solo. Pero al tiempo descubrí por las malas que la soledad no está hecha para el hombre, no pude soportar-lo más, salí de mi propio encierro, y vine aquí... ¿Entiendes esta especie de metáfora?... No sé explicarte mi vida ahora mismo de otra forma. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

-Sí -susurró Lila, acercándose a él ya totalmente cautivada. Caminaba hacia Elías con paso lento, estilizado, dejando atrás su propia estación de trenes.

- -Quiero que sepas Lila que...
- -Te quiero -le interrumpió ella, mirándolo a los ojos como una Cleopatra sin pirámides, desconcertada pero dispuesta a dejarse llevar por amor.

-¿Qué?... jajajá –rió nervioso Elías a la vez que se levantaba y deambulaba inquieto y confuso por la habitación–. Estás mintiendo, sisí, mientes. Me mientes interesadamente, y... ¿sabes lo que dijo una vez mi actriz favorita?... Dijo que mentir era lo más divertido que puede hacer una mujer sin desnudarse, pero que es mejor si se desnuda.

Y entonces ella se quitó toda la ropa. Lo hizo sin dejar de mirarlo, con las ansias y la ilusión de una quinceañera, pero con movimientos elegantes, y cada prenda que se quitaba la colgaba en uno de los bombillos de la lámpara del techo. Así consiguió una oscuridad solo rasgada por algunos traviesos haces de luz que escapaban del bombillo cubierto con el tanga. Luego se tendió en la cama y dejó que Elías, que ya se acercaba fascinado, hiciera su parte.

Reinventaron la pasión entre aquellas ensalitradas sábanas lusas, viviendo los instantes más memorables y eternos de sus vidas. Y cuando acabaron siguieron enroscados durante mucho tiempo, sin deshacer los nudos de carne que habían creado, sin saber qué muslo sudado o qué dedo ensalivado era de cada uno.

Paladearon el mejor de los silencios hasta que él, recuperando un aliento que pensó no recuperaría nunca, le murmuró a Lila:

-¿Lo de antes iba en serio? ¿Lo de que me querías?

-Si me conocieras sabrías que algo así nunca lo diría a la ligera -contestó ella mientras su lengua jugueteaba con el lóbulo de la oreja de Elías, provocándole a éste unos escalofríos que trató de ignorar para poder seguir hablando.

-A eso me refiero, preciosa. Tú no me conoces, yo no te conozco, y sin embargo nos amamos desesperadamente, sin reservas. ¿No te parece mágico? ¿No tienes la impresión de haber burlado tu destino? Es como si la realidad nos hubiera dado un respiro.

 Los respiros son muy cortos, Elías, y yo quiero permanecer a tu lado.

-No te preocupes. Viajaremos sin parar y así esquivaremos nuestras vidas, todo eso con lo que acabamos de romper esta noche. Viajaremos hasta Italia. Iremos a mear la torre de Pisa. como perros sin esquina que somos. Y a Sicilia, y resucitaremos con pintalabios carmín todos los agujeros de bala que nos encontremos por el camino. Viajaremos a Francia, a Notre Dame, y cuando te compare con los ángeles de las vidrieras me reiré tan alto que el eco retumbará en las bóvedas durante siglos. Iremos a París, la ciudad de los enamorados, para que ellos nos vean, se avergüencen, se desilusionen, y acaben llorando por las calles por no amar como nosotros. Viajaremos a Tailandia, y le enseñarás a los tigres lo que es arañar en la oscuridad. Viajaremos a Brasil, y nos amaremos una vez por cada grano de arena de sus playas, y como aún nos quedarán ganas, viajaremos a China y haremos una vez el amor por cada piedra de su muralla. Viajaremos al Ártico, y nuestra pasión fundirá casquetes que incrementarán el calentamiento global. Preciosa, nos vamos a recorrer la Tierra amándonos.

Lila estaba en una nube, ni se acordaba de que una vez, no hace mucho, fue policía. Ni siquiera se planteaba el hecho de que su amante fuera el rey del crimen. Aquel no podía ser otro que su hombre perdido.

-Ves Elías, por todo eso sé que te amo. Porque eres un soñador, y yo necesito empezar a soñar. Eres todo lo que no soy y me he dado cuenta de que quiero ser. Deseo que me contagies todos esos sueños y esas esperanzas. Deseo esos viajes, esas aventuras. Te deseo a ti.

Y la magia tuvo lugar de nuevo en aquel burdel de ficciones.

- -Lila, ¿tienes tabaco? -preguntó Elías con los labios todavía empapados de placer.
 - -No tenías pinta de fumador.
 - -Y sigo sin tenerla. No fumo, tan solo huelo los cigarros.
 - -¿Qué los hueles? ¿A qué te refieres?
- -Pues eso, que me encanta oler el tabaco. Cojo los cigarros y los paseo por debajo de mi nariz hasta que se quedan sin aroma. ¿Lo has hecho alguna vez? ¿sabes a que huele un cigarro? Porque la gente cree que huelen a humo pero eso es sólo tras estropearlos, tras encenderlos. Para mí todo el encanto del tabaco reside en su olor, y no entiendo como le prenden fuego. Lo que queda luego solo es humo.
- -Eres rarísimo, pero me gusta. La gente normal aburre, es la que llevo ignorando toda mi vida. Y lo siento, pero el tabaco estaba en el bolso que cayó por la ventana.
- -Bajaré a buscarlo y lo subiré ya, antes de que uno de esos mocosos lo encuentre e invente un nuevo deporte con él. ¿Sabes que juegan al fútbol con una lata aplastada? Están locos.
- -No tardes, por favor -alcanzó a decir Lila antes de que él, después de mal vestirse, se marchase cerrando la puerta tras de sí. Luego suspiró exageradamente y se imaginó todos esos lugares que Elías había mencionado. Estaba aprendiendo a soñar. No

como policía, como enamorada. Pero cuando pensó en los agujeros de bala de Sicilia, la amarga visión de su pequeña pistola la asaltó. Se incorporó de un espasmo, recogió su ropa de la lámpara, y se la puso rápidamente mientras rezaba para que Elías no encontrara nada que la desenmascarara, que le robara todo aquello. Y es que una frase de Elías la asaltaba y fustigaba involuntariamente: "Lo que queda luego solo es humo".

Abrió la puerta, y nada más pisar el pasillo, se estampó contra un muro de carga. Desde el suelo alzó la vista y vio a dos gorilas vestidos con chándal que le cortaban el paso. Los recordaba, trabajaban para la *madame*, pero sabía que ellos no estaban enterados de la operación policial ni de nada relacionado con "La Llama". Lila se olía problemas.

Elías bajaba las escaleras con la cabeza alta, buscando miradas que retar como el triunfador que se consideraba. Estaba pletórico, realmente feliz después de mucho tiempo. Llegó al hall, y antes de salir le hizo un gesto cómplice con la cabeza a la madame, la misma que, sin él saberlo, se había aprovechado avara y pícaramente de la situación, enviando obediente a un Elías (a otro) a la trampa. Ella cumplía con el trato, se sacaba un dinero extra con un chico que para colmo estaba empeñado precisamente en Lila, y de paso se reía un poco de la pasma. Si luego le achacaban algo, las excusas se sostenían solas si atendían a las piezas de aquel puzzle de la casualidad. Ni se lo pensó dos veces. Y su travesura había creado una ficción que para dos personas estaba resultando ser muchísimo mejor que la realidad.

Elías salió a la calle y, sorteando una marabunta de pequeños futbolistas que seguían ignorándolo como al entrar, se dirigió a los matorrales de debajo de la ventana. Lo que los chicos no ignoraban eran los Jeep que se habían parado en mitad de su terreno de juego. De uno de ellos se bajó un hombre trajeado que escupía sin parar en lo que parecía un tic nervioso, y tras él

hizo lo propio todo un séquito de latinos con gafas oscuras pasadas de moda. Elías miraba disimulado, y se extrañó cuando oyó su nombre en boca de uno de aquellos hombres: "Elías, hay que irse. Tu fiesta tendrá que aplazarse. Hay problemas en casa, jefe." No era a él, y mientras aquel inquietante grupo se esfumaba tan veloz y misteriosamente como había aparecido, Elías llegó al parterre. Recogió el bolso y todas las cosas que estaban desperdigadas, y justo cuando creía que no se le quedaba nada, algo brillante que reflejaba la luz de la farola lo cegó un instante. Era el pequeño revólver de Lila. Elías quedó paralizado. Sabía que una prostituta corría muchos peligros y a menudo tenía que defenderse, pero le intrigaba si Lila la había utilizado, o incluso, si había matado a alguien. No era preocupación, era curiosidad, emoción, lo que sentía con aquella arma entre las manos. Dio media vuelta y se dirigió otra vez a la habitación del Dark Doors mientras jugaba entusiasmado con la pistola, amartillando inocentemente el percutor como el que enciende un mechero.

- -¿A dónde te crees que vas, nena?
- -Tengo que salir un momento, en seguida vuel....
- -Nononononó... Tú no te vas a mover de aquí, zorrita. Aunque solo lleves dos días con nosotros, esa atractiva y curtida cara de madurita cachonda me dice que llevas lo suficiente en el negocio como para saber que el turno de noche acaba cuando amanece. Aún te quedan muchas...
- -No, no lo entendéis, tengo que bajar ahora mismo, si hablan con la jefa ella les dirá que soy una empleada especial, que tengo permiso para...
- -iCállate y vuelve ahí dentro, joder! Nosotros mantenemos el orden en este sitio, y te sorprendería la libertad que nos deja la vieja para conseguirlo. Haznos caso y regresa a...

Lila no le dejó terminar. Le golpeó con el codo en la boca del estómago, y la brutal carga provocó que el matón se agachara

involuntariamente. Antes de que se incorporara para buscar aire, una rodilla desnuda le fracturó por enésima vez el tabique nasal. Lila había actuado rápidamente, con movimientos que no se aprenden en la academia, pero el otro hombre estaba a su espalda y reclamó su turno con un puñetazo al riñón. Lila se giró, aguantando el dolor, solo para recibir otro bestial golpe en la mandíbula que la empotró contra la pared. Antes de caer al suelo, el agresor le arrancó violentamente y de un solo tirón la blusa, tal y como ella pensaba que solo era posible en el cine. Ahora, desde el suelo, semidesnuda, miraba aturdida y rendida a su agresor mientras se secaba la sangre rojo fracaso que le goteaba del labio. Sangre que le supo a sueños rotos, a detestable y odiosa realidad.

-Lo que le has hecho al Polaco lo vas a pagar muy caro, rebelde de los cojones. Esta noche tu cuerpo te hará odiar tu profesión más que nunca. Te enseñaré la delgada línea que separa el placer del dolor. Pero antes... -dijo el hombre sacando una navaja mariposa de su bolsillo y produciendo un aleteo metálico que hizo cerrar los ojos a Lila-. Antes te voy a marcar como una jodida vaca.

Pero un disparo rompió en mil pedazos todos sus planes. Un estallido que recorrió rápidamente el edificio, penetrando con desparpajo en todas las estancias, deteniendo así gemidos y súplicas, infidelidades y malos hábitos, ásperas caricias y besos de cien euros. Y, como no, una cuchillada vengativa, ya que el matón se había quedado petrificado, buscando, con los ojos como platos, un disparo que había sonado cerca.

-iJoder, la bofia! iVámonos de aquí Polaco! iVenga coño, levanta! Vamos a escondernos al ático y que la jefa se busque la vida. Si nos pilla la poli otra vez, vamos de cabeza a una jaula, tío -reaccionó histérico mientras levantaba a su dolorido compañero. Luego se fueron con un trote torpe, y Lila, que se había

asustado de verdad por primera vez en muchos años, se quedó mirando la entrada vacía de la habitación durante unos segundos, los que tardó Elías en aparecer.

-Lila, lo siento, es que... Dios mío, ¿qué te ha pasado? ¿qué haces ahí tirada y... ? Joder, estás sangrando.

–No es nada, mi vida. No es nada. ¿Tu has disparado mi arma, verdad? He reconocido el disparo.

–Sí, se me escapó de las manos en la escalera mientras la toqueteaba estúpidamente, y se disparó al golpear un escalón. Pero tuve suerte, sólo hizo un agujero siciliano en la pared –dijo pícaramente, y algo sonrojado, Elías–. Por eso me disculpaba al entrar, pero ¿de verdad te encuentras bien? ¿Quién te ha hecho esto?

-Estoy bien, tan solo vámonos de aquí, mi atractivo y valiente salvador -contestó ella con una cansada e irónica, a la vez que sincera y agradecida, sonrisa.

Elías no insistió. Simplemente, actuó como el soñador que era. Arrancó la tira del pequeño bolso de cuero, se acercó a la pictórica ventana, y descolgó la cortina. Seguidamente se situó a la espalda de Lila (que estaba desconcertada), y pasando la tira por las anillas de la tela, improvisó un traje estampado que ató por debajo de sus axilas. Ella, sin poder articular palabra, lo abrazó con todas sus fuerzas.

Cuando se separaron, aún sintiendo dos palpitares en el pecho, se dieron la mano dulcemente, y salieron de aquel lugar como una prostituta y un narcotraficante enamorados. Estaban llenos de secretos y preguntas, pero ya habría tiempo de respuestas. Ya habría tiempo de deshacer ficciones. Tal vez cuando felizmente fuera ya demasiado tarde.

MUERTE PROGRAMADA Náyade Delgado

(



Perdonadme esta egoísta despedida. Disculpad este trágico final. Pero os voy a explicar el por qué de mi marchar. Quizás os consuele, quizás os enfade, puede que se escape a vuestra comprensión. Pero, mejores o peores, estos (y no otros) son mis motivos para terminar con esta etapa a la que llamamos vida.

Yo soy de esos hombres criados entre algodones. Estuve siempre encerrado en jaula de oro. Que, aunque de muy valioso metal estaban hechos los barrotes, no olvidemos que siempre fue jaula.

Yo, hijo único, siempre jugué en soledad y vigilado muy de cerca. Nunca pude decidir grandes cosas, pues ya lo hacían por mí. Siempre estuve atado muy corto, y permítanme resaltar que siempre estuve atado.

Estudié lo que querían que estudiara, comí lo que querían que comiera, vestí lo que querían que vistiera, y así se podrían resumir todos los verbos aplicables a mi vida.

Siempre me mostré dócil. No me quejaba. Aceptaba de buen gusto (o del mejor que pude) cada capítulo de mi dirigida vida.

Así logré ser un hombre con una fama intachable, con un buen trabajo, con el suficiente dinero. Fui lo que se dice "un buen partido". Pero nunca las mujeres que se me acercaron fueron del agrado de mis progenitores. Nunca eran suficientemente buenas, suficientemente honradas, suficientemente guapas...

Así transcurrió mi vida robada. Vivida por mí, aunque me pregunto aún si esto fue vivir. Así fue mi vida programada, siguiendo con obediencia cada paso dictado.

Fue un día cualquiera, al borde de los treinta, cuando el sentimiento de impotencia, furia y rabia asaltó mi mente. Aquel día comencé a urdir un plan para decidir un solo acto en mi vida: mi acto final.

Fue de este modo cómo decidí como morir, cansado ya de no poder decidir como vivir.

A nadie agradó tanto su muerte. Al principio pensé que era más simple, pero quería que fuera perfecta. Empecé a pensar en cada detalle: fecha, hora, lugar, testigos, vestimenta, situación, etc. Las posibilidades eran infinitas.

Quería que la muerte fuera agradable o en su defecto lo menos dolorosa posible. Ese día comería mis platos preferidos y bebería. Nunca fue aprobado por mis padres que bebiera, ni que fumara. Pero ese día bebería, ya lo creo que sí.

Respecto a las personas que quería que me acompañaran, nunca tuve grandes amigos. Mis padres eran posesivos y celosos conmigo y desaprobaban constantemente que saliera a menudo con la misma persona. Así que no tuve oportunidad de tener nada más allá de relaciones superficiales.

Yo nunca tuve el valor de acercarme a las chicas que me gustaban. Elegía entre las que se me acercaban. Y como ya he dicho, tampoco mis padres me facilitaron la vida en este terreno. Pero siempre hay alguien especial, alguien a quien no puedes dejar de mirar cuando está en la misma habitación, alguien que te hace sonreír sólo con su presencia. Malena era el amor de mi adolescencia. Da la casualidad que estudiamos la misma carrera, y yo me encargué de que acabáramos trabajando en el

mismo sitio. Así pude tenerla siempre cerca. Manteníamos una relación cordial, pero ya he dicho que nunca he tenido profundas relaciones personales. Para mi era más que suficiente, era una de mis razones para vivir.

Ella era hermosa. Tenía el pelo ondulado y castaño claro, la tez clara y perfecta, algunas pecas que adornaban exquisitamente su cara. Unos labios redondeados y carnosos. Sus ojos eran de un verde oscuro poco común y estaban enmarcados por unas tupidas y oscuras pestañas. Era de ese tipo de chicas de gestos delicados y bellos. Era de talla normal, con curvas bien esculpidas, y vistiendo prefería siempre insinuar que enseñar.

Jamás me atreví a mostrarle mis sentimientos.

Así que ya vería cómo, pero ella sería la que me acompañara en mi último plan. Ella y sólo ella estaría allí para despedirme.

Pues ya tenía el con quién, ahora faltaban el cómo, el cuándo y el dónde. Aunque la decisión de que Malena estuviera hacía depender todos los demás aspectos.

Fue pasando el tiempo y después de informarme decidí que moriría por sobredosis de anestesia. Una muerte rápida, tranquila, segura. Una muerte sencilla y limpia, nada engorrosa ni aparatosa. De este modo quedaba establecido el cómo. Con dinero se puede conseguir de todo sin mayor problema. Y además tenía buenos contactos. Conseguiría la anestesia sin levantar sospechas.

Estaba siendo una época de mucho trabajo. Y pronto habría un viaje de empresa. Había sido seleccionado para una charla y me pedían que solicitara un ayudante. Este hecho me acercó mucho a mi objetivo. Obviamente la elegiría a ella, a Malena. Y así estaríamos unos días juntos en un hotel y lejos de todo lo demás. La situación perfecta. Parecía que Dios me ponía las cosas fáciles para cometer un pecado que me cerraba las puertas del cielo. Muy paradójico.

Me había encargado de hacer las reservas de hotel personalmente. Su habitación estaría justo al lado de la mía. Antes de partir de viaje dejaría solucionados todos los pormenores legales, como el testamento y demás trámites, y llevaría escritas despedidas para mis padres y para Malena. Así podría aprovechar el momento adecuado. Todo lo demás estaría listo, solo faltaría la ocasión, el momento perfecto.

Compré ropa elegante para el viaje, reservé mesa en el restaurante del hotel, lo preparé todo. Una semana increíble con Malena para despedirme a lo grande. Ya había solicitado a Malena como ayudante y ella había aceptado. Era una buena oportunidad para ella, pero más lo era para mí.

Por fin llegó el día y pasé a recogerla en taxi por su casa. Tras cargar su equipaje en el coche nos pusimos rumbo al aeropuerto. Tuvimos una conversación simple y agradable sobre el tiempo de aquella mañana. Como siempre, los dos nos mostramos muy cordiales. Su sonrisa brillaba tan resplandeciente como de costumbre, y su mirada era igual de dulce que todos los días desde que la recordaba.

Era agradable viajar con ella. Por supuesto cargué con su equipaje hasta el momento de embarcar. En el avión, tras una breve charla, se durmió. Yo no pude hacer lo mismo, no podía dejar de mirarla. Había en su rostro una expresión de absoluta serenidad, me atrevería a decir que de felicidad. Parecía un hada, un ángel, un ser mágico de luz. No podía apartar los ojos de la bella durmiente que yacía a mi lado. Cuando llegamos a nuestro destino tomamos otro taxi hasta nuestro hotel. Y cuando nos dieron las habitaciones contiguas me hice el sorprendido. Ella jamás imaginaría que yo hice la reserva personalmente, ese era trabajo de mi secretario, era impensable que lo hubiera hecho yo.

Era de noche, no muy tarde, pero nos encontrábamos cansados del viaje. Así que nos despedimos hasta el día siguiente.

Por la mañana salimos a la vez de la habitación. Parecía que ambos éramos puntuales. Desayunamos juntos en el buffet del hotel. No teníamos nada que hacer hasta las siete de la tarde, momento en el que empezaría la jornada laboral. Así que le propuse ir a un museo y pasear por el parque. Un plan muy típico, pero igualmente bueno y tranquilo, propicio para hablar y conocernos más.

Ella estaba como siempre, hermosa y delicada. Vestida con falda y un conjunto muy femenino en tonos verdes y violetas. Aceptó de buen grado mi iniciativa y nos fuimos al museo. Pasamos hablando toda la mañana mientras admirábamos cuadros de todos los estilos y recorríamos interminables pasillos en el museo. Luego, tras tomar un tente en pie, fuimos a pasear por un verde y frondoso parque que estaba cerca del hotel donde nos hospedábamos. Pisamos cada uno de sus senderos de piedra y nos sentamos en algunos de sus bancos. Así nos dieron las seis y media de la tarde. No había tenido ni hambre, ni sed, y el tiempo había pasado tan rápido... durante todo el día no habíamos dejado de hablar y no se nos había acabado la conversación en ningún momento. Y aún había tantas cosas que quería contarle... pero ahora no era el momento. Ahora teníamos que dirigirnos con urgencia al hotel. Si no nos dábamos prisa llegaríamos tarde.

Al día siguiente volvimos a quedar para hacer más de esos planes típicos que nos daban la excusa de hablar sin parar. Ese día empezaba el trabajo a las cinco y terminaríamos temprano. Así, le dije que se me había ocurrido que podíamos cenar juntos, y ella volvió a aceptar. Lo que ella no sabía es que mi reserva en el restaurante estaba hecha desde hacía más de dos semanas. Así fuimos cogiendo confianza a una velocidad increíble. Y en la cuarta cena consecutiva vi el momento idóneo para llevar a cabo mi plan. Pedí un buen vino. No escatimé en gastos, no me importaba el dinero. Ni siquiera me daría tiempo de gastar todo el que tenía acumulado antes de irme de este mundo. La cena fue exquisita y los dos estábamos con una chispa graciosa debido al vino blanco afrutado que nos había acompañado en la cena. Lo que me cogió totalmente por sorpresa fue que ella me invitara a su habitación a tomar la última copa. Por supuesto, esta vez fui yo el que aceptó de buen grado.

Y así fue cómo llegamos a su habitación entre risas y en ascensor. Al tercer intento logró meter la llave en su puerta y entramos en su cuarto entre carcajadas. Parecía que ella tampoco solía beber. Con una botella de vino nos había bastado. Nos bebimos un Martini con aceituna y todo. El minibar es uno de los grandes inventos de los hoteles. Aunque gracias a otro gran invento (el vino) el resto de las aceitunas quedaron regadas por la alfombra. Lo que hizo sonar más risas incontenibles.

Nunca me había sentido tan bien con alguien. Me iba a morir con una sonrisa inmensa en la boca. Brindamos con el Martini y al intentar decir unas palabras nos miramos a los ojos y nos besamos. No me lo podía creer. Ni en el mejor de mis sueños esperé obtener tanto en ese viaje.

Nos desnudamos mirándonos a los ojos y pasó lo inevitable. Tenía un cuerpo magnífico y parece ser que el mío tampoco le desagradó. Por fin le sacaba rendimiento a tantas horas de gimnasio.

Nos abrazamos y nos dormimos. No sólo había sido sexo. Jamás había tenido una experiencia tan profunda. Cuántos descubrimientos de la vida estaba haciendo antes de darme muerte.

Dormíamos cuando ella se levantó para ir al baño. Me desperté y no pude evitar hurgar un poco entre sus cosas. Sobre la mesilla estaba su perfume. Me deleité oliéndolo. Allí también estaban los pendientes que había llevado puestos durante la cena. Aquella noche había acudido radiante al restaurante. Parecía que sabía que era mi despedida. Abrí el cajón y me encontré varias cartas escritas a mano. Y tampoco pude evitar ojearlas en lo que ella estaba en el baño. Pero jamás esperé encontrar lo que estaba leyendo. iEran cartas de despedida! Para sus padres, para sus hermanos e incluso encontré una para mí. Dios mío, qué estúpido había sido. Ella sentía hacia mí lo mismo. Pero ella no eligió anestesia, sino píldoras para dormir.

Cuando reaccioné y até todos los cabos habían pasado como mínimo quince minutos. Y ella seguía en el baño.

Corrí y abrí la puerta. La sorprendí con el bote en la mano izquierda tendida en el suelo. Pero no había llegado tarde. Se había quedado dormida antes de ingerir la mitad del frasco.

Yo había hecho los deberes. Y como me había estado informando de intoxicaciones supe lo que hacer. Había leído sobre remedios caseros para causar el vómito. Y así lo hice, en el botiquín encontré lo necesario.

Cuando despertó entre mis brazos estábamos en la cama de mi habitación. No entendía nada. Supongo que no había barajado la probabilidad de fallar su intento. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Así que las lágrimas se encargaron de hacer que la entendiera. Yo le di mis cartas de despedida, también la de ella. Y tiré mientras me miraba la anestesia y las pastillas en la papelera.

Cuando terminó de leer lo que yo había escrito, nos abrazamos. No nos hizo falta hablar nada de lo que había ocurrido. Estaba todo muy claro. Y nos aferramos a la vida juntos. Disfrutamos al máximo cada día. Saboreamos mejor que muchos cada detalle que nuestra segunda oportunidad nos brinda. No dejamos que nadie más dominara nuestra vida. Sólo nos-

Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

otros. Así encontré la felicidad en vez de la muerte. Y yo puedo decir sin temor a equivocarme que la muerte me dio la vida.

Quizás, después de todo, este fuera mi plan divino.

0000	
Dispersion	
Riblintana	
II DGC	
ealizada nor l	
Digitalización r	
los autores.	
documento.	

EN LA CAFETERÍA Julio Caballero	9
BURDEL DE FICCIONES Alexis Hernández	23
MUERTE PROGRAMADA Náyade Delgado	37

Este libro se elaboró con las tipografías Zapf Humnst, Frutiger y sus variantes. Se terminó de imprimir el 8 de octubre de 2007.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



909052 BIG 860-3 CAB en

VERBOVIVO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009